

EL VIAJERO DE LA CRUZ DEL SUR

por

Héctor Pedro Blomberg

I

LA PENSIÓN DE LA SEÑORA KENDRICK

La casa de pensión estaba en el quinto piso de un sombrío edificio incrustado en la calle 25 de Mayo, en un barrio inquietante y sucio, en el cual oíanse desde la mañana hasta la noche, y aun en las largas horas nocturnas, las sonoras sílabas árabes y los dulces vocablos ingleses.

Casa de departamentos vasta y misteriosa, en la cual el zumbido de las abejas humanas vibraba sordamente en los oscuros corredores, en las moradas siempre cerradas herméticamente.

En el último piso, como decimos, la señora Kendrick administraba su casa de pensión, un establecimiento modesto, de seis habitaciones, tres de las cuales abríanse sobre la calle, y desde cuyas ventanas parecían divisarse todos los tejados de la ciudad, dominados majestuosamente por la torre del pasaje Güemes. Desde las ventanas de las otras piezas, veíanse las chimeneas de los barcos de ultramar, las construcciones rojizas de los depósitos aduaneros. Durante la noche, cuando las orquestas de los cafetines próximos callaban, el carillón de la Torre de los Ingleses doblaba misteriosas y musicales serenatas al barrio de cafés y tiendas árabes y de burdeles cosmopolitas.

La señora Kendrick estaba allí hacía algún tiempo. Envejecida en la fatigosa industria de las casas de pensión, tuvo establecimientos en otros barrios, en Barracas, en Belgrano, después en la calle Almirante Brown, hasta que su hija Clara y su sobrina Anita convencieronla de trasladarse

al corazón de la City, donde las pensiones prosperaban más que en el suburbio, con sus clientes solitarios y estólidos, empleados de las compañías de navegación y de los Bancos extranjeros, viajeros que nunca regateaban ni se quejaban de la comida, y pagaban con inquietante puntualidad.

¡Pobre señora Kendrick!

Cuando se trasladaron a la calle 25 de Mayo, y siempre por consejo de las dos muchachas, vendió los añosos y esropeados muebles de la calle Almirante Brown y adquirió otros nuevos, que la aterraron por su precio.

—Los pagaremos por mensualidades —dijo Clara, impávida.

—Naturalmente —agregó Anita—, en dos años los habremos pagado, y son muy buenos... Durarán muchos años...

Suspiró resignada la señora Kendrick. Una tristeza sutil embargó su alma cansada al despedirse de aquellos trastos familiares, a los cuales asociaba las memorias de los años desvanecidos.

La casa de pensión vegetó por espacio de un año largo en el corazón de la calle 25 de Mayo. Nunca faltaban los clientes, ingleses o norteamericanos silenciosos. Pero el sueño de prosperidad que acariciaban las muchachas no se realizaba del todo.

No era la misma cosa, no, una casa de pensión en Barracas y otra en la City agitada y comercial. Multiplicábanse los gastos. El alquiler del departamento, la cuota mensual de los magníficos muebles, la electricidad, las propinas, el mercado, la vajilla nueva, todo esto arrojaba cifras inquietantes que hacían palidecer la señora

Kendrick y terminaron por amedrentar a Clara y a Anita, animosas como eran.

Un año y dos meses habían transcurrido desde la aventura.

Una noche la señora Kendrick sintióse mal. Los resortes de su cansado organismo fallaron, y su hija y su sobrina, aterradas, vieron que se les iba para siempre, mientras el carillón de la Torre de los Ingleses doblaba musicalmente su serenata de la medianoche, y el rumor confuso de los barcos próximos vibraba en la entraña de la noche.

Velaron ambas muchachas en las largas horas nocturnas. Dos de los pensionistas dormían. Como a la una de la mañana, otros dos entraron, llevándose por delante los muebles del vestíbulo.

Anita, que era quien cocinaba y servía a los clientes, se quedó dormida a las tres de la mañana.

Clara, rendida de cansancio, permanecía despierta, oyendo dar las horas. Sus ojos no se separaban del rostro de la señora Kendrick, y su corazón se le apretaba.

¡Pobre madre!

Pensaba Clara en la larga lucha con la miseria que había sostenido aquella madre adorada. Evocaba, con dulce y serena tristeza, los años interminables en las obscuras casas de pensión, cuando ella y su prima Anita eran pequeñas y no podían ayudarla todavía, cuando la pobre mujer soportaba sobre sus hombros débiles todo el peso de aquellas pensiones sórdidas, con clientes exigentes y tramposos, cocinando, lavando, limpiando, multiplicándose, robándole horas al sueño para enseñarles a leer a su hija y a su sobrina.

Hacía meses que la salud de la señora Kendrick quebrantábase visiblemente.

Clara comprendió que la ruina cada vez más cercana, los déficits espantables de la casa de pensión, habían turbado los últimos días de la pobre mujer, y experimentó cierto arrepentimiento, porque era ella, y Anita, quienes lo habían querido. Los pensionistas se iban cansados de comer diariamente los eternos «Irish stew» y guisos de verdura de Anita; en invierno quejábanse de la falta de calefacción eléctrica y en verano decían que las habitaciones eran unos hornos crematorios.

El carillón sonó las cuatro de la mañana. Clara, con los ojos humedecidos, se inclinó y besó las manos arrugadas de su madre, pobres manos benditas, endurecidas en el trabajo de las sirvientas durante veinticinco años.

¿Qué sería de ellas cuando su madre muriera?

Hacía tres meses ya que era imposible pagar la cuota de los muebles; adeudaban también tres alquileres del departamento... Se llevarían todo, y ella y Anita quedarían solas en las calles de Buenos Aires.

A las seis, cuando la claridad inundaba el departamento y el murmullo del puerto se convertía en un clamor ronco y cercano, la señora Kendrick se agitó débilmente. Clara, asustada, llamó a Anita, quien apareció medio dormida, con los ojos hinchados y el cabello en desorden.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Los labios pálidos de la señora Kendrick se movieron. Las dos muchachas se inclinaron sollozando.

—¿Qué dice? ¿Qué dice? —preguntó Anita, sin dejar de llorar.

Clara puso el oído junto a la boca de la moribunda. Esta vez oyó claramente un nombre:

—Roberto... Liverpool...

Un rayo de sol cayó sobre el rostro pálido y cansado.

Pero la señora Kendrick había dejado de sufrir.

II

EL VIAJERO DE LA «CRUZ DEL SUR»

Era un vapor viejo. Diríase que la fatiga de cerca de veinte años de navegaciones por las mismas rutas saturaba sus maderas crujiendo. Pero sus armadores lo hacían calafatear, pintar, restaurar, cuidadosamente cada tres o cuatro años y lo enviaban siempre en los cruceros de América.

La Cruz del Sur hacía la carrera Liverpool-El Callao desde 1899. Su pesada silueta, sus chimeneas rojas y azules, eran familiares en las costas americanas, desde Pernambuco y Punta Arenas hasta Coronel y Guayaquil.

Desde la borda de la Cruz del Sur, en una mañana de abril de 1919, un viajero contemplaba el sombrío peñasco de San Fernando Noronha perdiéndose a la distancia, mientras el Atlántico, siempre azul, siempre atormentado por iras misteriosas, sacudía las maderas del navío.

Era un hombre alto, flaco, de cabellos rojizos que comenzaban a blanquear. Contaría unos cuarenta y ocho años, y su rostro era uno de esos rostros duros y vulgares que se encuentran a bor-

do de los barcos que van por el mar. Bajo las ropas finas del viajero, adivinábase un cuerpo rudo de marino. Un ancla tatuada en azul asomaba bajo los puños de su camisa de hilo, y fumaba constantemente un tabaco pestífero en una pipa de madera ennegrecida.

Las inglesitas de la primera clase solían protestar contra el hombre de la pipa pestífera. Pero a éste parecía tenerle muy sin cuidado la opinión de los demás pasajeros.

Claudio Parker —pues éste era el nombre con que figuraba en el pasaje de cámara—, rehuía siempre las partidas de póker y de bridge, cuyas emociones no parecían tentarle. Sólo se dignaba frecuentar el trato de los oficiales de navegación, los cuales escuchaban atentamente sus conversaciones.

—Aquí siquiera puede uno divertirse algo —deciales, fumando infatigablemente—, pero hay otras rutas, como la de Australia...

Todo en el viajero denunciaba al hombre de mar, tosco y taciturno. No era raro verle retirarse tambaleando del bar, a medianoche, con gran disgusto de las rubias viajeras que tomaban té a todas horas y leían novelas de Elinor Glynn.

—Esos hombres no deben viajar en primera clase —decían entre ellas.

Claudio Parker se encogía de hombros y volvía a llenar su pestífera pipa.

Había sido un hombre del mar, durante más de un cuarto de siglo. Por su memoria desfilaban a veces, cuando bebía varias copas de whisky, los barcos de su pasado marítimo, los rugosos veleros del Pacífico, los «trampsteamers» de la carrera de Nueva Zelandia, los paquetes de Vera Cruz y Hull, los sucios pailebotes del África Occidental.

Ahora era rico. Evocaba los días largos, los meses sin término, los años laboriosos y pobres, cuando navegaba en pequeños y mugrientos veleros.

El milagro de la fortuna le salió al paso cuando ya tenía más de cuarenta años. Había sido sencillo...

Cuando estalló la guerra, le habían comprado a peso de oro su pailebote, una sucia cáscara de nuez con la cual realizaba turbios y misteriosos tráficos, allá por el Golfo de Guinea y la Costa de Marfil. Nunca sonó en aquella oferta fabulosa. Su alma recelosa de marino le hizo regatear, pero en

un día gris, con mar alborotada, entró en un puerto remoto de las islas Salomón y entregó su barco a los enemigos de su patria. El pailebote izó el pabellón imperial, y durante tres años sembró la muerte en los mares.

No pensó en la traición. Y ésta había sido la fortuna de Claudio Parker. Algunos sabían la historia. La contaban en voz baja en Melbourne y en Tahití, en Capetown y en Port Elizabeth.

Claudio Parker —entonces no se llamaba así—, anduvo algún tiempo por aquellas costas, hasta que comprendió lo peligroso de permanecer allí, donde hasta los vagabundos de los muelles y los dueños de los bares lo señalaban con el dedo.

Fuese al Oriente. Durante dos o tres años, se embriagó metódicamente en los bares de Bombay y de Colombo. Los puertos de China le vieron durante largos meses, hasta que un día una extraña nostalgia turbó sus jornadas, le asaltó en las mesas de los bares marítimos, un vago remordimiento le salió al paso en las callejas nauseabundas de los puertos asiáticos.

Se le ocurrió que aquella vida solitaria, entregado a los placeres brutales de los bares y burdeles, no era la vida ideal.

Vagas memorias de su niñez en la vieja Liverpool, la ciudad de los navíos, acudían a sus pensamientos. Treinta y cinco años atrás saliera de sus muelles y nunca volvió.

¿Qué habría sido de todos los que dejó allí?

Los rostros vagos y borrosos de los suyos se hundían en el pasado.

—¿No tiene frío, Mr. Parker?

La brisa glacial del Atlántico barría las cubiertas solitarias de la Cruz del Sur. Caía la noche, en uno de esos crepúsculos desolados y melancólicos de alta mar. El corazón cansado del navío rimaba la fatiga de las olas.

Parker, que estaba apoyado en la borda, se irguió, volviéndose.

—Buenas noches —dijo, secamente.

La inglesita lo miró haciendo un mohín.

—Usted siempre está solo —murmuró.

Parker la miró malhumorado. Su alma taciturna se rebelaba contra las intrusiones de los desconocidos. Solía exasperarle que le arrancaran de sus pensamientos, él que ni saludaba a sus compañeros de viaje ni le importaba quienes fuesen ni dónde iban, ni si se mareaban, o habían viajado mucho.

—Discúlpeme, si le molesto, Mr. Parker...

El pasajero gruñó. Los ojos celestes de la viajera lo contemplaban cándidamente. El antiguo marino pensó, a pesar suyo, que parecía una figura de esas que se encuentran en las revistas ilustradas. Era tan rubia, sus ojos eran tan claros...

—No, Miss —dijo, sacándose la pipa de la boca—, ¿por qué me va a molestar?

Apenas pronunció estas palabras, se maravilló de su *savoir-faire*. La pasajera sonreía, mostrando unos dientes muy pequeños, muy iguales. La brisa oceánica arreció, y la muchacha se estremeció vivamente.

—Sería mejor que fuera usted adentro, a la cámara —opinó Parker.

—Porque sopla un poco de viento... ¡Bah!

Parker la miró con atención, de reojo.

Era bella, en verdad, la pasajera, muy rubia, con los cabellos escapándose rebeldes debajo de su gorra de viaje. El torvo y endurecido corazón del antiguo marino se dulcificó un poco.

—¿Usted va a Buenos Aires?

Sí, Parker iba a Buenos Aires. Nunca había estado allí, en esa gran ciudad que algunos ingleses llamaban la Estrella del Sur.

—¿Y usted, miss?

Ella volvió a sonreír mirándolo cándidamente.

Se iba a una estancia. Ella había ido a Inglaterra a visitar a unos parientes, a quienes no veía desde hacía largos años. Ahora regresaba.

Parientes a quienes no veía desde hacía largos años...

Parker guardó silencio. Siguió fumando su pipa y mirando las aguas, que rodaban espumosas y agitadas a los costados del vapor.

Aquella frágil inglesita había cruzado dos veces el mar, sola, desde el fondo de la Patagonia, para ir a visitar a unos parientes a quienes no veía desde hacía muchos años.

Y sintió frío, un frío extraño. Un frío interior que no había sentido nunca, ni cuando vendió su velero a los enemigos.

III

EN BUENOS AIRES

Durante el viaje, cuando llegaban a Montevideo, la pasajera rubia le dio la dirección de una casa de pensión, en la calle 25 de Mayo.

Se despidió de ella en la Dársena Norte.

—Adiós, hombre malvado —dijole, riendo— si algún día va por la Patagonia, acuérdesse que estoy en una estancia del Chubut...

Los datos eran algo vagos, pensó Parker, contemplando a su compañera de viaje con cierta admiración, y la vio desaparecer para siempre.

Se quedó un poco triste. La inglesita era la única persona que le había tratado de igual a igual, a bordo. No temía el áspero aroma de su pipa, ni se escandalizaba de verlo ligeramente ebrio algunas noches.

Al verla desaparecer de su vida, rubia y risueña, con una valija en una mano y una novela de Beatrice Grimshaw en la otra, Parker sintió más que nunca el vacío desolado de su vida. Un antiguo remordimiento seguía royéndole.

Miró por última vez las maderas despintadas de la Cruz del Sur, y se hundió en el regazo de Buenos Aires.

Un taxi lo dejó en la calle 25 de Mayo, y al cabo de cinco minutos se encontraba en la pensión de la señora Kendrick.

La casa le gustó.

Una muchacha rubia le abrió la puerta del departamento, y le contestó en inglés.

Sí, había piezas desocupadas. ¿Las quería ver?

Anita le mostró las piezas, y Parker se instaló en una que daba sobre la calle, una pieza grande, de techo bajo, con muebles hermosos.

Después de comer en la pieza, donde Anita le sirvió, Parker se tendió en la cama, impresionado por el vago lujo del departamento. Fumó varias pipas, y tarde, a eso de las 11 de la noche, con gran sorpresa suya, oyó que alguien lloraba en la habitación vecina.

Después reconoció la voz de Anita. El acento de la muchacha era triste. La otra, la que lloraba, no respondía.

Parker hizo un gesto de impaciencia. A él, que nunca había tenido familia, le eran odiosos los dramas íntimos, y he aquí que la misma noche que llegaba, tropezaba con uno de ellos...

Se durmió profundamente.

Anita lo despertó temprano. Observó que la muchacha tenía los ojos enrojecidos. ¿Había llorado, también?

El recuerdo reciente de la inglesita que se iba a la Patagonia acudió de nuevo a su memoria.

—Aquí tiene el recibo, señor Parker.

La muchacha le tendía un papel. Era el recibo

del mes de pensión. Cuando ella se hubo ido, llevándose la taza y las sobras del pan y la manteca, Parker leyó el recibo:

«Recibí del señor Claudio Parker la cantidad de doscientos veinte pesos por un mes de pensión. Clara Kendrick».

Kendrick. El nombre no podía ser más inglés. La muchacha hablaba el inglés correctamente. Sí, eran ingleses. Parker había temido que fueran irlandeses...

No vio a Clara hasta dos días más tarde. Le extrañó vagamente cierto parecido de la mujer con la pasajera de la Cruz del Sur.

Y Parker entró de este modo a formar parte de la vida de la pensión.

No habían transcurrido muchos días cuando empezó el antiguo marino a advertir el drama íntimo de las dos mujeres.

A pesar de los muebles lujosos, la necesidad asomaba su cara sombría en el departamento de la calle 25 de Mayo. Una mañana un hombre insultó groseramente a Clara en la puerta. Parker no entendía las palabras, pero adivinó que era una cuenta que se presentaba y no podía ser pagada. El cobrador seguía insultando. Parker salió de su habitación y lo tomó del cuello, sacudiéndolo rudamente.

El insolente refunfuñó y se fue.

Clara miró a Parker con sus ojos claros, y le dijo simplemente:

—Muchas gracias.

Sí. Era la miseria, la que entraba en la casa. Amenazaban con llevarse los muebles, de los cuales no se había pagado más que una parte. Las comodidades escaseaban, y las dos muchachas tenían los ojos enrojecidos casi siempre.

Parker observaba y callaba. Los ojos claros y hermosos de Clara lo perseguían en sus sueños. El oscuro drama de aquellas dos pobres mujeres empezó a preocuparle.

Un día Claudio Parker observó, aterrado, que amaba a Clara Kendrick, él, un marino endurecido, acostumbrado a las brutalidades de la existencia errante, él, que no podía viajar en primera clase sin escandalizar a las mujeres con su pipa y sus borracheras...

No lo quiso creer. Se engañaba a sí mismo.

En el rudo corazón de aquel aventurero de cerca de cincuenta años, la pasión por la rubia y frágil muchacha de la pensión hizo estragos. Sus

ojos la seguían por la casa. Más de una vez quiso pagar cuentas apremiantes que llevaban cobradores insolentes, pero ella no se lo permitía, altiva y pálida.

—Pagaremos después, cuando cobremos un dinero que nos deben —aseguraba, enrojeciendo un poco.

La verdad era que ella y Anita no sabían qué hacer. Pensaba, llorando, en las noches largas, mientras los oscuros rumores de la calle 25 de Mayo, interrumpidos por el carillón de la Torre de los Ingleses, subían hasta el quinto piso, que un día, un día próximo, ella y su prima tendrían que cerrar la casa de pensión y buscarse la vida en las calles.

Hacia seis meses que la señora Kendrick había muerto. Las deudas las agobiaban. En la pensión no había más que tres personas, Parker, y un joven matrimonio norteamericano. Pagaban con puntualidad, era cierto, pero no bastaba para el presupuesto. Un día el marino y los norteamericanos se cansarían de los eternos «Irish stews» y los guisos de verdura, y se irían...

Fue entonces cuando la pasión de Claudio Parker se le hizo evidente.

Anita lo había comprendido hacía días.

—Te ama —le dijo, sencillamente.

Clara palideció.

—No... No...

Se resistía a creerlo. Toda su alma de mujer delicada rebelábase contra aquel desconocido, que le había dado pruebas de bondad, pero que no era más que un desconocido, un hombre rudo salido de quién sabe dónde...

—Sí, Clara, Parker te ama —repitió la pobre Anita, grave.

Guardó silencio. Pero Clara adivinó lo que pasaba por el pensamiento de su prima. La muchacha, fatigada en los duros menesteres de la cocina, de la limpieza, pensaba en el rico extranjero... Parker surgía entre ellas y la miseria y la vergüenza.

La sombra pálida y cansada de la señora Kendrick se levantaba ante ellas.

—¿Qué piensas hacer?

Las notas de plata del carillón vibraban en el barrio.

—No lo sé, Anita, no lo sé...

Al día siguiente fueron a quitarles los muebles. Parker, que volvía de una excursión callejera,

una de sus diarias y misteriosas excursiones por las calles de Buenos Aires, comprendió que había sonado la hora de la catástrofe.

Era el momento de intervenir.

Sin escuchar las débiles protestas de Clara, que lloraba dulcemente, pidió las facturas del mueblero y pagó.

El cobrador se fue, maravillado y sonriente.

—¿Qué ha hecho, señor Parker?

Anita desapareció.

Hubo un largo silencio. El marino la miraba, y su rostro curtido se enrojecía visiblemente. Gotas de sudor aparecieron en su frente, a pesar del frío.

—Lo que debía hacer, miss Kendrick —dijo con voz insegura.

Sintió ella llegado el momento definitivo de su vida. Aquel hombre rudo y tembloroso la amaba, y le iba a pedir que se casara con ella. Volvió a su memoria el recuerdo de su madre, las casas de pensión sórdidas de la calle Almirante Brown y de Belgrano, la lucha de años y años con la pobreza, el duro trabajo de todos los días, ella y Anita, dos pobres muchachas solas en la inmensidad de Buenos Aires...

Callaba, muy pálida. De la cocina venía un rumor de cacerolas y de agua corriendo de una canilla. Un vago olor de «Irish stew» empezó a llenar el departamento.

—Tengo que hablar con usted, Miss Kendrick —dijo él, al cabo de unos instantes, y ella se estremeció.

—Hoy no, Mr. Parker... Hoy no —balbuceó, cada vez más pálida. El hombre la miró fijamente.

—¿Mañana, entonces?

—Sí, mañana...

El agua seguía corriendo en la cocina.

IV

LA REVELACIÓN DE PARKER

Estaba resuelto.

Después de una noche de lágrimas, Clara Kendrick se resignó. La vida era cruel para algunas mujeres, pensaba. Había sido dura y triste para su pobre madre, en los largos años, dolorosos y difíciles. Ahora, para ella llegaba el instante del sacrificio. Todos los sueños de su juventud se derrumbaban, ella que soñó, como todas las mujeres, el romance del amor.

Se casaría con Claudio Parker.

Anita, en el fondo de su cocina, comprendió algo de lo que pasaba por el alma de su prima. Sus ojos vivaces escudriñaban el rostro adorado, y a ella también, un vago remordimiento la asaltaba.

Parker, muy afeitado, con un traje nuevo, esperaba nerviosamente, acechaba el instante supremo.

El instante llegó después de almorzar.

Fue una ceremonia rápida.

Al escuchar la respuesta afirmativa de Clara Kendrick, el marino palideció levemente bajo su piel bermeja y rugosa.

—Qué feliz me hace usted, Clara —dijo, y sus robustas manos de marinero temblaron un poco.

La boda se fijó para el mes siguiente. Parker trató de apresurar la fecha, pero Clara insistió, y se vio obligado a resignarse.

El casamiento pareció un sueño al antiguo capitán de veleros. Casáronse civilmente y por la iglesia protestante. Parker había pagado todas las deudas de la pensión, y cubierto de valiosos obsequios a Clara, sin olvidar a la pobre Anita, quien, por vez primera en su existencia, su oscura existencia de muchacha pobre, salía de su condición de Cenicienta.

Consumada la boda, en presencia de algunos escasos amigos de Clara y de su prima, pues Parker no conocía a nadie en Buenos Aires, los recién casados partieron, por deseo de Clara, a Entre Ríos.

Quería la pobre esconder su melancólica luna de miel lejos de la ciudad de su niñez y su juventud.

Unas buenas mujeres que conocieron a la madre, allá en las viejas casas de pensión de otros barrios, invitadas a concurrir a la boda, miraban curiosamente a la novia. El semblante pálido y triste de Clara Kendrick les reveló su drama interior.

En cuanto a Parker, el ex marinero, trataba inútilmente de ocultar su turbación manifiesta. Hasta la víspera de la boda, bebiendo solo en los pequeños bares del Paseo de Julio, sentía por momentos un vago remordimiento. Pero no era el remordimiento de antaño, el que le hizo atravesar los mares en la Cruz del sur y cambió su destino.

Pero, en cuanto el pastor hubo pronunciado

las palabras rituales, en cuanto sus ojos contemplaron extrañamente conmovidos el rostro descolorido de Clara, un sentimiento insólito embargó su ánimo.

Los ojos curiosos y sagaces de Anita sorprendieron su expresión. Por un instante, la pobre muchacha creyó vislumbrar el alma hermética de aquel hombre que se acababa de casar con su prima y de salvarlas a las dos de la miseria y la vergüenza.

Se quedó pensativa.

Clara regresó sola de entre Ríos cuatro días más tarde, extrañamente agitada.

Anita, que no la esperaba aún en el departamento de la calle 25 de Mayo, que contaba con dos pensionistas nuevos, la recibió sorprendida.

La Cenicienta de la casa de pensión ignoraba lo que resolvería su prima. Ya era rica. La fortuna de Parker era evidente. Creía Anita que seguiría, no obstante, con la casa de pensión, pero en circunstancias diferentes, con sirvientes, un cocinero. Ella ya no tendría que levantarse a las cinco de la mañana, como lo había hecho toda su vida...

Se presentó de regreso una tarde muy fría. Una menuda llovizna descendía sobre Buenos Aires, y los sones del carillón vibraban opacos y apagados en el barrio turbio y familiar de tiendas árabes y de pequeños cafés.

—¡Clara!

Besó a su prima, y sintió que sus mejillas estaban heladas, sus manos yertas.

—¿Estás enferma?

Clara no contestó. Sus ojos, sus hermosos ojos azules miraban con expresión extraña y fija.

—¿Qué tienes, Clara? ¿Qué ha sucedido? ¿Y Parker?

Hubo un instante de silencio. Instintivamente, Anita adivinó un drama. Una congoja súbita, inexplicable, invadió su corazón.

—Ven, Anita...

La siguió hasta la salita de la casa de pensión. Era la habitación donde había muerto la señora Kendrick.

—Tenemos que irnos, Anita... Tenemos que huir de aquí, de él...

Anita creyó que un abismo se abría bajo sus pies.

—Tenemos que irnos —repitió Clara, lívida, con los ojos secos y trágicos.

—Pero, ¿qué ha pasado?

Una expresión horrorizada se dibujó en el rostro de Clara. Su prima la contemplaba aterrada.

Lentamente, Clara empezó a hablar.

—Es Parker... Allá, en Entre Ríos, me confesó que Claudio Parker no era su verdadero nombre... Vino a Buenos Aires en busca de una hermana... Esa hermana era todo lo que quedaba de su familia, de aquella familia a quien había abandonado cuando él tenía doce años, en Liverpool. Anduvo rodando por el mundo, sin acordarse de sus padres ni hermanos... Todos murieron, y sólo quedaba la hermana mayor. Fue a buscarla treinta y cinco años después, cuando ya era rico. Supo que ella se había venido a Buenos Aires, sola. Cuando se hizo rico, sintió el remordimiento de haber abandonado a todos los suyos, hacía tantos años... Pensó en aquella hermana pobre y solitaria, rodando por la tierra. Y la buscó... La está buscando todavía... No sabe... ¿Comprendes, Anita?

Anita no quería comprender... Era demasiado horrible...

—Parker se llama Green, Roberto Green... ¿Comprendes, ahora? Su hermana era mi madre... Tu tía... ¡Oh, es demasiado horrible, Anita!

Era verdad.

El ex marinero lo había contado todo, durante la miserable luna de miel. Había venido a Buenos Aires en busca de Sara Green, su hermana. Sara Green —¡pobre mujer!— se casó en la Argentina, veinticinco años antes, con el honrado Tomás Kendrick, quien murió dejándole a Clara recién nacida y a Anita, una sobrinita huérfana. Él buscaba, seguiría buscando a una Sara Green llegada de Liverpool, allá por 1894. No parecía pensar que se hubiera casado y hubiera cambiado de nombre.

—¡Dios mío! —sollozó Anita—, ¿no lo sabe?

—No...

En el alma simple y religiosa de aquellas muchachas protestantes, el horror del incesto asumía proporciones trágicas; Clara se había casado con su tío, sin saberlo, y el horror de aquella unión criminal la atormentaba como un suplicio del infierno.

—¿Por qué se cambió de nombre?

Clara no lo sabía. Parker, o Green, le confesó que tenía motivos para hacerlo, aunque jamás hubiera cometido un crimen ni nada parecido. Los marinos suelen hacerlo, hábale dicho, sin mayores explicaciones.

¡Roberto Green! Pensó en aquel nombre misterioso que su madre pronunció al morir: Roberto, en Liverpool. Era el mismo...

Al saberlo, allá en Entre Ríos, Clara huyó, sin revelarle la espantosa verdad. Quiso irse lejos, donde nunca la encontrara, donde no lo supiera nunca. Pero el recuerdo de Anita la trajo a Buenos Aires, para prevenirle y desaparecer.

—Tenemos que irnos —repetía— para siempre... El vendrá a buscarme... Debemos dejar todo esto, Anita...

El carillón de la Torre de los Ingleses vibró sordamente bajo la lluvia.

V

EN EL MAR

La Cruz del Sur surcaba las aguas del Atlántico en sus viajes interminables. La espuma cantaba sus canciones eternas y monótonas en la estela del viejo vapor.

Bajo las estrellas lejanas, sobre el júbilo salvaje de las olas, el hombre fumaba una pipa pestífera. El viento frío bramaba en las cubiertas y azotaba su figura inmóvil.

Los blancos tejados de Montevideo se perdieron a la distancia. Buenos Aires estaba muy lejos ya, y no volvería a ver nunca sus calles angostas, sus altos edificios, sus noches inquietas y profundas.

¡Buenos Aires!

Allí se había desarrollado el drama de su vida. El incesto inconsciente, el espectro de su hermana muerta al cabo de una existencia de pobreza y de trabajo, llenaban su alma de sombras amargas y torturadoras.

Pensó que era el castigo. Sus culpas habían hundido su alma miserable en las tinieblas. Los hombres no deben abandonar jamás a los suyos, ni vender a su patria.

Arreciaba el viento helado del océano. Volvía a su memoria el semblante lívido y espantado de Anita, cuando volvió al departamento en busca de su mujer, que lo abandonara de modo tan inexplicable en el pequeño hotel del Paraná, cuatro días después de la boda.

—Volvía a escuchar las palabras de Anita:

—Clara se ha ido... No quiere volverlo a ver nunca. Váyase...

Después, la explicación terrible, las pruebas del parentesco con Clara, los retratos borrosos que la pobre Sara Kendrick conservaba del pasado distante.

¡La hija de Sara! Si hubiera llegado seis meses antes a Buenos Aires, en su misión de expiación, lo horrible no hubiera sucedido nunca. Su arrepentimiento había llegado demasiado tarde, y ahora todo había concluido. La vida de los dos estaba quebrada para siempre...

El pasajero continuaba fumando y mirando la estela espumosa.

Había huido de Buenos Aires, después de la revelación. Había querido dejarle todo su dinero, su maldito dinero, a Anita, pero ella rehusó. La dejó llorando en el departamento de la calle 25 de Mayo, y se fue.

Ni sabía dónde iba. Lejos, a Europa, al África, al Oriente de los burdeles y los cafés marítimos.

El pasado irreparable volvía siempre en la vida miserable de los hombres. Todas las sombras, todos los remordimientos, todos los errores, volvían a asaltar a los pecadores en las encrucijadas misteriosas de la existencia...

Y a medida que el vapor corría por los mares, llevándose el drama profundo de su alma, Roberto Green evocaba nuevamente, con áspera pesadumbre, con atormentadora congoja, las memorias remotas, las miserias distantes.

El drama antojábasele un sueño extraño y terrible.

En medio de las sombras del mar, el semblante de Clara Kendrick le sonreía con trágica expresión.

¡La hija de su hermana!

Y veía otra vez, como en el pasado remoto y desvanecido, a su hermanita Sara, corriendo por las callejas del barrio marítimo de Liverpool, cuando él se fue para no volver nunca, sus cabellos rubios desgreñados, su vocecita infantil, llamándolo desde el umbral de la casa pobre donde ambos nacieron:

—¡Bobbie!

Y era hija de esa chiquilla rubia la que había tenido entre sus brazos rudos, turbado de pasión, allá, en un pequeño hotel de una ciudad desconocida, por la que pasó con su amor miserable como una gaviota por el viento.

—¡Bobbie!

La vocecita de hacía treinta y cinco años parecía cantar entre el rumor de las espumas, entre el

jadeo angustioso de las máquinas de vapor.

Sí. Se iría lejos. Todo puede borrarse en el alma atormentada y triste de los hombres.

El viento de la noche soplaba con furia, bariendo las cubiertas abandonadas del paquete.

Apagó su pipa y se dirigió al bar del vapor. Mientras bebía, un vago consuelo pacificó su alma. Clara era joven, podía rehacer su vida, ol-

vidar, quizá. Todas las deudas estaban pagas. Ella y Anita seguirían viviendo tranquilas en la casa de pensión, mientras él se perdía por la tierra, esta vez para siempre...

A medianoche, los viajeros de primera clase vieron a un hombre de aspecto rudo que se dirigía tambaleando, medio ebrio, a su camarote.

Era el viajero de la Cruz del Sur.



LIBRERÍAS

de la Universidad

Descuentos especiales a estudiantes, docentes
y empleados de la Universidad

NOVELAS - ENSAYOS - ARTE - CIENCIA

Rodríguez Peña 676
Hipólito Yrigoyen 2441
Buenos Aires

Biblioteca Campus Pilar